

LA FE

La respuesta del hombre a la revelación



Revelación = auto-comunicación libre de Dios (DV 2).

Dios realiza esta auto-comunicación para llegar al hombre.

Por eso, *“no se puede concebir el hecho de la revelación sino teniendo en cuenta tanto la realidad de Dios que libremente se manifiesta **como el destinatario de la revelación, el hombre, que la acoge en la fe**”*.

Revelación de Dios y respuesta del hombre (la fe) son correlativas.

La revelación funda la respuesta de fe, y ésta, a su vez, pone en relación al hombre con la revelación de Dios.

*“Más aún, la revelación incluye la fe, de tal modo que **no se puede hablar propiamente de revelación sino en la respuesta de fe**: revelación y fe son un don de Dios a favor del hombre”*.

Por la fe, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser, el hombre da su asentimiento a Dios que revela (cf. DV 5). La sagrada Escritura llama «obediencia de la fe» a esta respuesta del hombre a Dios que revela (cf. Rm 1,5; 16,26) CEC 144.

La fe de Abraham

Hay dos textos en que se puede dimensionar hasta que punto llega la fe de Abraham.

Primero el Gn 12,1-4, donde recibe la llamada de Dios para dejar su tierra, e ir a la tierra que Él le iba a indicar, dándole una esperanza imprecisa en la que Abraham está llamado a confiar:

“ahí reside la tensión de la fe: dejar algo seguro por algo sólo posible, colgado de la Palabra de Dios”.



Abraham acoge la llamada y se pone en camino.
Se ve la **desproporción entre la llamada** y las **posibilidades del hombre**.

Frente a la tierra que hay que encontrar y la descendencia prometida se opone un anciano con una mujer estéril.

Clara oposición a la actitud autosuficiente de los constructores de la **torre de Babel** (Gn 11,1-9).



El otro texto es el de Gn 22, 1-19. En la Biblia de Jerusalén se intitula 'el sacrificio de Abraham'.

Dios pone a prueba a Abraham (v. 1). Constatamos la llamada de Dios a Abraham y la disponibilidad de éste.

A pesar que Abraham probablemente no comprendió el alcance de esta petición, confía. Conocemos qué representa Isaac: es el hijo amado y único descendiente.

La fe actúa aquí como una realidad existencial, que reclama la disposición total del hombre a Dios.

Abraham sacrifica su esperanza por poner toda su confianza en la Palabra de Dios.

El padre de la fe enfrenta a un dilema: ha de **escoger entre las promesas** de Dios y el Dios de las promesas.

A pesar de no comprender, Abraham permanece en la fe.



Ante la pregunta del Isaac hace un acto de fe radical: “*Dios proveerá el cordero para el holocausto*” (v. 8).

Esta radicalidad y total entrega es ya reconocida por Dios mismo en el texto, y en el NT varias veces elogiada:

La carta a los Hebreos, en el gran elogio de la fe de los antepasados, insiste particularmente en la fe de Abraham: «**Por la fe, Abraham obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba**» (Hb 11,8; cf. Gn 12,1-4).

Por la fe, vivió como extranjero y peregrino en la Tierra prometida (cf. Gn 23,4). Por la fe, a Sara se le otorgó el concebir al hijo de la promesa. Por la fe, finalmente, Abraham ofreció a su hijo único en sacrificio (cf. Hb 11,17) CEC 145.



La fe de María

El modelo bíblico y cristiano perfecto de la fe lo representa **la Santísima Virgen María**.

En la fe, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, creyendo que

«nada es imposible para Dios» (Lc 1,37; cf. Gn 18,14)

y dando su asentimiento: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38).

*Isabel la saludó: «¡**Dichosa la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!**» (Lc 1,45). Por esta fe todas las generaciones la proclamarán bienaventurada (cf. Lc 1,48) (CEC 148).*



Lucas nos presenta a María como modelo de creyente.

En Lc 1,25-38 vemos que ante el anuncio del ángel la Virgen expresa su total disponibilidad.

Esto no significa que María no intente comprender la petición del ángel: *“Al oír estas palabras, ella quedó desconcertada y se preguntaba qué podía significar ese saludo”* (v. 29).



Al escuchar las palabras del ángel, María se sorprende, queda turbada y ella discurre, dialoga en su interior: hace el ejercicio intelectual, humano de comprender, de encontrar el sentido de las palabras del ángel.

Al responder a las palabras del ángel: “***he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra***” (Lc 1,38), la Virgen se entrega a la Palabra del Dios, sólo sostenida por la autoridad y confiabilidad del mismo Dios.

Ratzinger comenta a esto: “***la esclava oyente que –hecha libre por la gracia- pronuncia su fiat y con ello se convierte en novia y, por tanto, en cuerpo***”.

No sólo obedece,
sino que ama la
voluntad de Dios.



La Virgen santa estará renovando y confirmando su sí a Dios en cada acontecimiento, ante cada dificultad o duda, ante cada dolor y en la espera que acontece cuando el mal parece ser más poderoso que el bien.

Por esta razón ella “*conservaba todas estas cosas (lit. palabras) y las meditaba en su corazón*” (Lc 2,19).

María, la mujer creyente, veía en los acontecimientos ‘*palabras*’, sucesos llenos de sentido pues el devenir no es casualidad, no es suerte, sino que Dios dispone todas la cosas para bien de quienes ama (cfr Rm 8,32).



Esta meditación de los sucesos es un recordar comprensivo y meditativo, de modo que María al profundizar en esas palabras e introducirlas *“en el corazón –en ese último ámbito interior del entendimiento, donde se comunica sentido y espíritu, razón y sentimiento, contemplación exterior e interior, y, más allá de lo individual, se hace visible la totalidad y comprensible su mensaje...”*

No es captada rápidamente, no queda encerrada en una primera comprensión superficial y después olvidada, sino que el acontecer exterior recibe en el corazón el ámbito de la permanencia y así puede ir desvelando paulatinamente sus profundidades sin que el carácter único del evento quede difuminado”.

¿Qué es la fe?

Volvamos ahora sobre **qué es la fe**. El concilio Vaticano II nos la explica así:

Cuando Dios revela hay que prestarle "la obediencia de la fe", por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios prestando "a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad", y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por El (DV 5).

La fe es la confianza total y libre por la que el hombre con su entendimiento y voluntad adhiere a Dios que se revela y que revela.

Si entendemos que Dios al revelar quiso “*revelarse a Sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad*” (DV 2), la fe apunta a su persona y a la verdad que Él mismo revela y es este el objeto de nuestra confianza.

El concilio Vaticano II aporta un avance respecto del Vaticano I, pues enfatiza el asentimiento libre, abriendo el ámbito de la comprensión de la fe de lo puramente racional.

J. Ratzinger nos va a describir la fe cristiana diciendo:

Creer cristianamente significa **confiarse** al sentido que me sostiene a mí y al mundo, considerarlo como el fundamento firme sobre el que puedo permanecer sin miedo alguno.

Hablando más tradicionalmente, podríamos decir que creer cristianamente significa **comprender nuestra existencia como respuesta a la palabra**, al logos que todo lo sostiene y lo soporta.

Significa afirmar que el **sentido** que nosotros no podemos construir, que sólo no es dado recibir, se nos ha regalado, de manera que lo único que tenemos que hacer es aceptarlo y fiarnos de él.



Fe como gracia

En el mismo DV 5 que ya citamos, el Concilio va a explicar que sin la gracia no se puede llegar a la fe:

Para profesar esta fe es necesaria la gracia de Dios, que previene y ayuda, junto a los auxilios internos del Espíritu Santo, el cual mueve el corazón y lo convierte a Dios, abre los ojos de la mente y da "a todos la suavidad en el aceptar y creer la verdad".

Y para que la inteligencia de la revelación sea más profunda, el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones (DV 5).

La respuesta de la fe movida por la gracia del Espíritu Santo, es la más humana.

Comprendida así *“la fe responde al anhelo del hombre por el infinito y que Dios mismo ha puesto en él, pero que se entiende como orientación a Dios por la gracia”*.



Fe como acto humano

La gracia no resta humanidad a la respuesta de fe, sino que al contrario la hace verdaderamente humana, por razones que antes expusimos:

el hombre ha sido creado para la comunión con Dios.

*No es contrario ni a la **libertad**, ni a la **inteligencia** del hombre depositar la confianza en Dios y adherirse a las verdades por Él reveladas.*

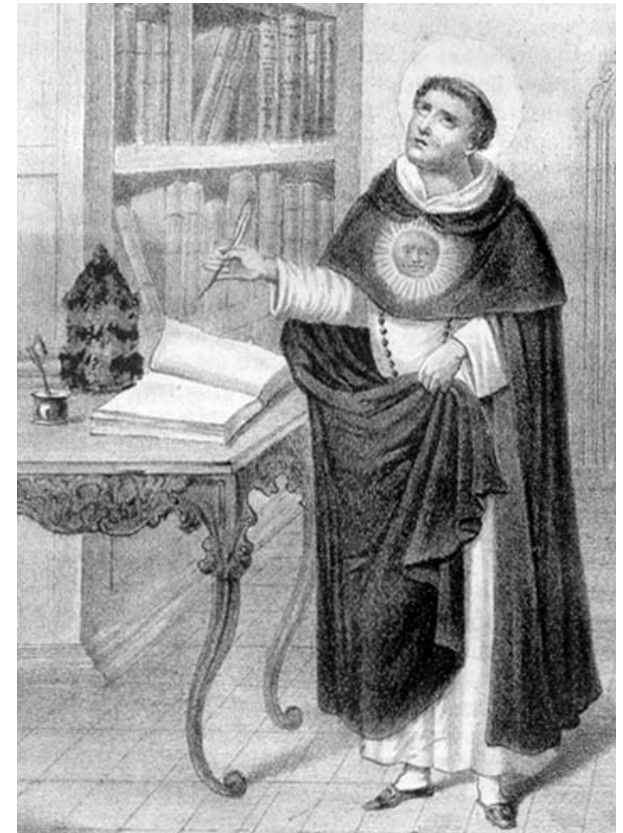
Ya en las relaciones humanas no es contrario a nuestra propia dignidad creer lo que otras personas nos dicen sobre ellas mismas y sobre sus intenciones, y prestar confianza a sus promesas (como, por ejemplo, cuando un hombre y una mujer se casan), para entrar así en comunión mutua.

Por ello, es todavía menos contrario a nuestra dignidad «presentar por la fe la sumisión plena de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad al Dios que revela» (Concilio Vaticano I: DS 3008) y entrar así en comunión íntima con Él (CEC 154).

La revelación tiene elementos que manifiestan su razonabilidad y que por tanto piden al hombre el concurso de su razón.

Creemos «a causa de la autoridad de Dios mismo que revela y que no puede engañarse ni engañarnos».

*«Sin embargo, para que el homenaje de nuestra fe fuese conforme a la razón, **Dios ha querido que los auxilios interiores del Espíritu Santo vayan acompañados de las pruebas exteriores de su revelación**» (ibíd., DS 3009).*



*Los milagros de Cristo y de los santos (cf. Mc 16,20; Hch 2,4), las profecías, la propagación y la santidad de la Iglesia, su fecundidad y su estabilidad «son signos certísimos de la Revelación divina, adaptados a la inteligencia de todos», motivos de credibilidad que muestran que **«el asentimiento de la fe no es en modo alguno un movimiento ciego del espíritu»** (Concilio Vaticano I: DS 3008-3010) (CEC 156).*

Esto no significa que siempre las verdades de fe vayan a ser totalmente comprendidas por el hombre.

Éstas pueden parecer oscuras a la razón y experiencia humana (cfr. CEC 157), y es por esto que también la respuesta de fe nos pide el acto de confianza y entrega que se funda en el amor de Dios por nosotros y en nuestro amor por Él.

Ratzinger nos da cuenta de esta realidad en la experiencia mariana pues a pesar de la fe de María, **para ella no “*son comprensibles y razonables desde el primer momento las palabras de Dios*”**.

De esta forma, en su oración, en el silencio de su corazón, llena de la esperanza que pone toda su confianza en Dios, **María cree y sabe que en Él encontrara sentido esa espera, el dolor, e incluso la muerte.**

Por esta razón, creer no es sólo entender, sino amar.

María, la esclava-esposa totalmente abierta a Dios, recibe la Palabra porque está dispuesta a amarla.



Vemos que **la fe** es una experiencia **integralmente humana**, que movida y posibilitada por la gracia, involucra todas las potencialidades del hombre.

Esto significa que esa confianza el hombre no se canse de buscar la comprensión de la revelación y de Aquel en quien ha puesto su fe, sin dejar de esperar en Él (cfr. CEC 158).

“Para vivir, crecer y perseverar hasta el fin en la fe debemos alimentarla con la Palabra de Dios; debemos pedir al Señor que la aumente (cf. Mc 9,24; Lc 17,5; 22,32); debe «actuar por la caridad» (Ga 5,6; cf. St 2,14-26), ser sostenida por la esperanza (cf. Rm 15,13) y estar enraizada en la fe de la Iglesia” (CEC 162).

Fe y libertad

El mismo hecho de que la revelación deba ser creída libremente hace posible que alguien pueda no llegar a creer.

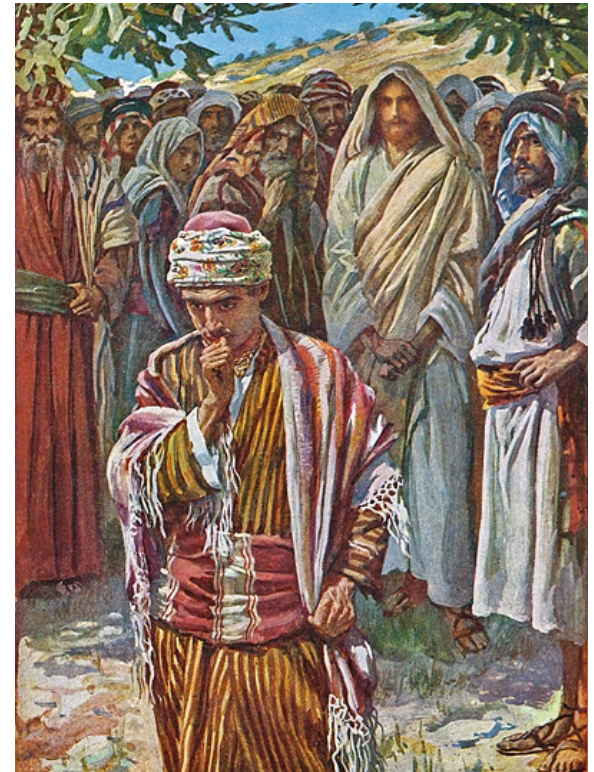
También el catecismo va a describir esta posibilidad afirmando la libertad que existe para creer:

«El hombre, al creer, debe responder voluntariamente a Dios; nadie debe ser obligado contra su voluntad a abrazar la fe. En efecto, el acto de fe es voluntario por su propia naturaleza» (DH 10; cf. CDC, can.748,2).

«Ciertamente, Dios llama a los hombres a servirle en espíritu y en verdad. Por ello, quedan vinculados en conciencia, pero no coaccionados [...] Esto se hizo patente, sobre todo, en Cristo Jesús» (DH 11).

En efecto, Cristo invitó a la fe y a la conversión, Él no forzó jamás a nadie. «Dio testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla por la fuerza a los que le contradecían.

Pues su reino [...] crece por el amor con que Cristo, exaltado en la cruz, atrae a los hombres hacia Él» (DH 11) (CEC 160).



A pesar de eso el catecismo afirma que *“creer en Cristo Jesús y en Aquel que lo envió para salvarnos es necesario para obtener esa salvación (cf. Mc 16,16; Jn 3,36; 6,40 e.a.).*

«Puesto que "sin la fe... es imposible agradar a Dios" (Hb 11,6) y llegar a participar en la condición de sus hijos, nadie es justificado sin ella, y nadie, a no ser que "haya perseverado en ella hasta el fin" (Mt 10,22; 24,13), obtendrá la vida eterna» (Concilio Vaticano I: DS 3012; cf. Concilio de Trento: DS 1532)” (CEC 161).

Con esto no se busca excluir a quienes no creen puesto que el Concilio va a enseñar también que quienes son fieles a su conciencia, aun perteneciendo a otra religión o no creyendo, pueden alcanzar la salvación (cfr. LG 14-16; GS 22).

Fe e Iglesia

Otro aspecto importante es la dimensión eclesial de la fe.

Aunque es un acto personal, la fe no es un acto aislado.

El creyente no se da a sí mismo la fe sino que la recibe de otro y además está llamado a transmitirla a otros.

"Creo" (Símbolo de los Apóstoles): Es la fe de la Iglesia profesada personalmente por cada creyente, principalmente en su bautismo.
"Creemos" (Símbolo de Nicea-Constantinopla, en el original griego): Es la fe de la Iglesia confesada por los obispos reunidos en Concilio o, más generalmente, por la asamblea litúrgica de los creyentes. "Creo", es también la Iglesia, nuestra Madre, que responde a Dios por su fe y que nos enseña a decir: "creo", "creemos" (CEC 167).

Esto hace que la fe no sea sólo una vivencia personal y subjetiva, sino comunitaria.

A pesar de tener un rasgo de experiencia personal, es principalmente un don que se recibe. Por eso se caracteriza por su **aspecto objetivo**, lo cual significa que el creyente está llamado a adherir a algo que no surge de sí mismo y que no controla.

Esta fe se nos da en el bautismo, y esta enraizada en que todos tenemos un mismo Padre (Ef 4,4-6; cfr. CEC 172).

